

LA TRETA DE MARTINÓN

Parecía tonto, y no era esto lo más malo, sino que además de parecerlo...

Bueno, pues, á pesar de ser tonto, ya verán ustedes cómo se metió en casa...

No en la suya, porque no la tenía, y aun cuando la hubiera tenido, tampoco hubiera hecho en ello grande habilidad, porque á eso casi todos los tontos aciertan; sino en la del vecino...

En la del vecino más rico del pueblo, casándose con su hija.

Y cuenta que Martinón, además de ser tonto y pobre, como queda dicho, era feo como un condenado.

Había tenido las viruelas, de rapaz, y le habían dejado una cara que parecía una piedra toba. Tenía, á mayor abundamiento, los ojos encarnizados y llorosos á consecuencia también de la maligna enfermedad; en fin, que, de la cara, daba asco verle.

Y de lo demás... tampoco era buen mo-

zo: era altón y derechón como un chopo podado, pero desgarbadón y sin gracia ninguna.

—Y ¿con todo eso?...—dirán ustedes.

Sí: con todo eso se atrevió Martinón á poner sus turbios y enlagunados ojos en la muchacha mejor acomodada del lugar, que era Vicenta, la hija del tío Fanfarrín, así llamado de mal nombre, porque era pequeño y siempre estaba inventariando lo que tenía y ponderando lo bien que iban á quedar sus hijos el día que él faltara, pues como no eran más que uno y una, no tenían más que «hacer así»; al decir lo cual juntaba el tío Fanfarrín los dos puños cerrados y los separaba inmediatamente de arriba retorciendo las muñecas hacia afuera como en ademán de partir un bollo en dos cachos.

La gente de Secadal, que era donde sucedían estas cosas, cuando se enteró de los intentos y de las pretensiones de Martinón, se hacía cruces.

—¿Pero no es bien atrevido?—decía una moza á otra una noche volviendo del rosario.

—¡Ya, ya!—la contestaba su compañera.—Tendría gracia que después de tanto presumir Vicenta se casara con uno que no tiene más que el día y la noche.

—¡Sí, que le va á querer!... ¡De aquí á poco!...

—Pues él allá anda.

—Pues el andar tiene por de más, y lo que ande pierde—dijo aproximándose las un mozo que venía detrás oyéndolas la conversación;—porque lo que la sobran á Vicenta son pretendientes, y no se hizo la miel para la boca del asno.

—Eso digo yo—añadió la primera de las mozas;—y, vamos, yo no sé... pero harto será que consiga nada más que dar que reír á la gente.

—Dios vos libre de que ella se encapiruche—dijo otro mozo acercándose al grupo también,—porque las mujeres, si las da por hacer disparates, los hacen morrudos.

—¡Quiá! no lo creáis—dijo la moza primera.—¿De qué se había de enamorar ella, ni por qué se había de encapiruchar?... ¡Si además de ser pobre es más feo que Picio!

—Cuán más, que ¡bonito es el tío Fanfarrín para consentir á su hija tales capiruchos!—añadió el primero de los mozos.—¡Con que creo que ha dicho que no se la lleva ninguno que no la iguale en hijuela!...

—Y luego que con el orgullo que tiene Vicenta, ¿se había de ir á casar con un criado de servicio?...

Porque debo advertir á ustedes que Martinón estaba de criado en el mesón llamado

de la Hoz, situado á unos quinientos pasos del lugar, en el camino por donde pasaba la arriería, que era entonces muy numerosa.

Con lo cual ya no hay que decir que el mesón aquél era de mucho movimiento y, naturalmente, de mucho trabajo, de modo que á Martín no le holgaba la madera.

Pero para eso ganaba dos onzas de soldada, que no se ganan así como quiera ni las ganan todos.

Ni tan poco las había ganado él hasta aquellos años últimos, pues al principio había entrado ganando poco más que la comida; luego había llegado á ganar una onza, y después había ido subiendo hasta dos cabales.

Porque, eso sí, los amos, el tío Santiago y la tía Petra, no dejaban de estar contentos con él, pues aunque tenía poca inteligencia, para el trabajo era como un oso: aguantaba mucho á hacer las cosas y no se rendía nunca.

Y si le mandaban por vino á Campos y le entregaban el dinero necesario para cargar, siempre les daba buena cuenta.

De modo que los mesoneros le estimaban y le consideraban como si fuera de la familia.

Pero de esto á que le quisiera la otra...

Lo primero que se le ocurrió á Martínón

para acometer su difícil empresa de conquistar la plaza de yerno del tío Fanfarrín, fué hacerse amigo de su hijo Felipe, el hermano de Vicenta.

Regularmente habría oído aquel cantar que dice:

A un hermano que tienes
Le quiero tanto,
Porque por la peana
Se adora al santo...

y se le apropiaba tratando de ponerle por obra.

Si disputaba Felipe, ó simplemente sostenía una opinión conversando con otros mozos, siempre salía Martín dándole la razón y apoyándole.

Si jugaban á los bolos, ó á la brisca, ó á otro juego cualquiera, siempre quería ir con él de compañero.

Y es claro, Felipe, que era un pobre muchacho sin malicia, no supo resistir á las continuadas demostraciones de adhesión, y le fué cogiendo cariño...

Un día Martínón se presentó á la mesonera con una cara muy compungida y la dijo:

—Tía Petra, quería pedirla á usted un favor...

—Tú dirás—le contestó ella,—y si se puede, se te hace.

—Es que, mire usted, es un favor muy grande, y no sé si usted me le podrá hacer sin contar con el tío Santiago.

—Bueno, hombre: dí lo que quieres, y se cuenta con él si es preciso.

—No; eso no quisiera...

—Vaya, pues dí: ¿qué es?

—Mire usted... Yo creo que usted tendrá confianza en mí, porque en materia de intereses...

—Sí, hombre; ya ves que siempre la hemos tenido. ¿No has ido muchas veces á tierra de Toro por carros de vino y se te han dado dos mil, dos mil quinientos y hasta tres mil reales, sin más seguridad que tu palabra?... ¿Qué es lo que quieres?

—Si casi no me atrevo á decirlo; porque...

—¿Acabarás de parir hoy, ó mañana?... ¿Qué es ello?

—Si me pudiera usted prestar ocho ó diez mil reales...

—¡Jesús!... ¡Ave María Purísima! ¿Para qué los quieres?—prorrumpió asustada de la cantidad la mesonera.—¿Has dado algún mal paso?... ¿Te han cogido en algún renuncio? ¿Qué azaridad has hecho, enemigo?... ¡Y yo que te tenía por hombre de bien!...

—Y lo soy, tía Petra...

—¡Calla, déjame en paz, pecao!... ¿Cómo

lo has de ser?... ¿Cómo habías de necesitar tú todo ese dinero, no siendo para componer alguna calaverada, para tapar algún delito... alguna cosa muy gorda?... ¡Diez mil reales!... ¡Ave María tres veces!...

Al ver el giro que la mesonera daba al asunto y las sospechas que la asaltaban, se resolvió á ser algo más explícito, diciéndola:

—No se asuste usted, señora ama, que no he hecho nada malo... Quería ese dinero para dárselo á guardar por unos días á Felipe el del tío Fanfarrín como que era mío... Ya ve usted que allí seguro estaba y...

—No digo que no lo estaría; pero ¿tú le quieres engañar, ó para qué es eso? ¿Con qué fin quieres tú que él crea que tienes tanto dinero?...

—Se lo diré á usted todo, tía Petra... Yo me quería casar con su hermana...

—Ya lo había oído yo; pero... muy alto picas.

—De bajar siempre hay tiempo...

—Eso sí, es verdad.

—Pues verá usted: yo creo que ella sí me querría; pero su padre no está de parte de casarla con un pobre, y si llega á persuadirse de que yo tengo mis ahorrillos...

—Bien los podías tener si no fueras tan gastadorón y tan amigo de andar majo.

—¡Por Dios, tía Petra! Usted me salva,

usted me hace hombre si me da ese dinero... Y si puede ser, sin que lo sepa el tío Santiago, no sea que se le escape decírselo al tío Fanfarrín, porque son algo amigos...

La mesonera se dejó ablandar por los ruegos de Martinón, y aunque repugnándola el engaño, le dió diez mil reales en oro, con los cuales sefué él en seguida á casa del tío Fanfarrín, llamó aparte á Felipe y le dijo:

—Mira, chacho, hazme el favor de guardarme ese poco de dinero, porque tengo que ir por vino con el carro, y otras veces lo llevo en el cinto; pero voy expuesto á que me lo quiten en alguna posada ó en algún despoblado, y más seguro está aquí en tu casa.

—Bueno—le dijo Felipe.—¿Cuánto es?

—Diez mil reales me parece que son—le contestó Martín:—treinta onzas y cinco ochentinas...

Felipe, que no tenía bolsillo aparte ni costumbre de guardar dinero en tal cantidad, se lo dió á guardar á su padre refiriéndole el caso.

Desde entonces el tío Fanfarrín comenzó á poner buena cara á Martinón y á recomendarle á su hija como un buen partido.

Ella no le podía ver ni pintado; pero su padre tomó la cosa con tanto calor, y tanto

y tanto machacó sobre ella, que no tuvo la infeliz más remedio que resignarse al cabo y á la postre.

—¿Sabes tú lo que son diez mil reales?...

—la decía.—¿Sabes tú lo que es un hombre con diez mil reales?...

—No lo sé—decía ella:—lo que sé es que Martinón es un hombre muy tonto y... muy feo...

—Eso son monadas. ¿Qué más da que sea feo que sea guapo?... Tiene diez mil reales...

—Y todos se ríen de él...

—¡Ah! tontina. Él sí que se reirá de todos el día de mañana... Tiene diez mil reales... Tenéis diez mil reales, además de lo que yo te dé á tí... Con diez mil reales ponéis ahí en la casa nueva un comercio surtido de todo, y en poco tiempo os hacéis los amos de todo el dinero del lugar y de la comarca, quedándoos además el tu caudal entero, y ahí lo tenéis para los hijos... ¿Qué dices?

—Que más quiero no ser tan rica y carme con un mozo que me guste.

—¿Qué sabes tú ahora lo que quieres, trasta?... Tú harás lo que yo te mande, que eso debes hacer, porque las muchachas estáis cieguinas y no conocéis las cosas... Además, que si no me obedecieras... y yo te desheredara, vamos, que te quitara

todo lo que cabe en ley, mejorando á Felipe, ¿qué sería de tí, criatura?...

En fin, que por tales razones y ante semejantes amenazas la pobre Vicenta obedió á su padre como una cordera, y Martinón se salió con la suya.

Y decía para sí el día de la boda, después de misa:

—¡Ahora que digan que soy tonto!

El tío Fanfarrín se llevó chasco; pero tomó el partido de callar por lo pronto, para que no se dijera que le habían engañado como á un chino.

Mas ¡ay! no fué lo más malo el chasco del tío Fanfarrín, que bien le merecía por codicioso, sino el disturbio y la verdadera catástrofe que la estratagema de Martinón produjo en la familia de los mesoneros, sus protectores.

Porque dió la desdichada casualidad de que al tío Santiago le volviera en aquellos días el alcalde del pueblo tres onzas que le había pedido adelantadas para pagar la contribución municipal, y al ir á ponerlas con lo otro, le pareció que había mermado, contó, y echó de menos los diez mil reales.

Y como sabía que su mujer, aun cuando conocía el guchipero donde se guardaban los ahorros, jamás cogía nada de allí, pues una peseta que necesitara para un pañuelo

se la pedía á él, no le ocurrió sospechar en ella ni preguntarla.

En quien sospechó desde luego fué en un hijo que tenía estudiando en el Seminario, y que había estado poco antes en casa á pasar unas vacaciones.

—¿Quién había de ser más que él?— pensaba el mesonero:—no ha podido ser otro.

Y con esta idea, sin decir nada á su mujer, porque estaba seguro de que nada sabía y no quería darla una pesadumbre, á la mañana siguiente aparejó un machejo terciado, montó en él y marchó á la ciudad diciendo que iba á hacer unas compras.

Se fué derecho á la posada del estudiante, subió, se encerró con él en una habitación, y con malos modos le pidió cuenta de los diez mil reales que le faltaban.

El hijo le contestó que nada sabía; el padre no le creyó, é insistió en que le declarara para qué le había cogido el dinero; el hijo siguió negando incomodado, y el padre apremiándole furioso y diciéndole improperios; y no contento con maltratarle de palabra, llegó al extremo de ponerle las manos.

Volvió á su casa muy malhumorado y nervioso, tanto, que habiéndolo notado su mujer, le preguntó qué tenía ó qué contra-tiempo le había sucedido en el viaje.

Obligado por estas preguntas, la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día se lo había vuelto Martín.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á América.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno: dió en adolecer, adolecer, hasta que murió hipocondriaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperación al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagará, que no es Dios viejo.

ROSENDA Y RUDESINDA

I

Siempre estaba triste la hija de Colás el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazón, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpetuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa, que no lo era si se ha de decir la